

la hora de las computadoras

héctor
schmucler

argentino, investigador del iiet

Dos grandes áreas temáticas podrían sintetizar las líneas vigentes en la investigación sobre comunicación en América Latina: la primera

alude al desarrollo; la segunda, a la dependencia. Ambas confluyen en un centro de interés: el papel ideológico que desempeña el sistema de información-comunicación existente y los productos de los llamados medios de comunicación para las masas. Cada uno de esos núcleos temáticos ha sido objeto de múltiples aproximaciones y ha sufrido, con el correr del tiempo, enfoques diferenciados. Por fin, los dos se proyectan al futuro —unificados— como ejes sustanciales para estudiar el impacto de los nuevos fenómenos tecnológicos en el campo de la información.

Hacia mediados de la década pasada, el Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina, había logrado reunir CIESPAL, 1978 alrededor de cinco mil trabajos de investigación sobre comunicación en América Latina. Beltrán, 1977 calcula que sólo entre 1960 y 1975 se produjeron unos 1000 trabajos. Iniciado al influjo de las teorías y métodos dominantes en Estados Unidos, especialmente el funcionalismo, los estudios presentaron luego nuevas inflexiones, donde adquirieron papel relevante la semiología en sus distintas variantes y diversos enfoques del marxismo.

El tema del desarrollo

El funcionalismo en el ámbito de los estudios en comunicación, llegó de la mano de algunas teorías sobre el desarrollo. Se partía del presupuesto de que existía un vínculo estrecho entre el nivel de desarrollo y el de la comunicación. La UNESCO (1961) se encargó de difundir y categorizar tales criterios: a más desarrollo, más expansión de los medios. A la inversa, podría establecerse el grado de avance de un pueblo por el número de elementos comunicativos que poseía. Surgieron así las “normas mínimas” establecidas por el organismo internacional, que estipulaban el lugar que ocupaba cada país en el camino entre el desarrollo y el subdesarrollo: diez ejemplares de periódicos, cinco receptores de radio y dos plazas de cine por cada cien habitantes.

En su momento, diversas encuestas confirmaron que la comunicación facilita la adquisición de nuevas actitudes y conocimientos técnicos, sobre todo cuando una sociedad se embarca en la difícil ascensión hacia el siglo XX. (UNESCO, 9). Los mismos estudios sugerían el papel positivo de los medios de comunicación para las masas en la modernización del sector primario; en la adquisición de nuevas aptitudes industriales, en el secundario; y en la creación de un clima de modernización en el conjunto social.

Más tarde, se sucedieron las investigaciones que mostraban las dificultades: a) un desarrollo verdaderamente democrático debería partir de las condiciones y necesidades de cada pueblo y no aceptar un modelo exterior que pretendía ser de uso universal; las condiciones locales incluyen los medios de comunicación adecuados y, por lo tanto, cualquier inclusión acrítica de nuevas formas de comunicación aparecían como violencia cultural y social; b) los perfeccionamientos tecnológicos difundidos en la agricultura a veces reforzaban el dominio de las minorías conservadoras; c) en ocasiones, la inclusión de nuevas formas de comunicación reforzaban el control y el autoritarismo de minorías selectas en cada sociedad (UNESCO, 9).

Los indicadores usados en la primera década del desarrollo, años 60, dieron lugar, durante los 70, a un nuevo índice: el Comindex, que relacionaba el producto nacional bruto y el desarrollo de los medios de comunicación. Pero pronto, otra vez, se vio que las cifras no tenían valor ecuménico. la hipótesis inicial: el desarrollo de la comunicación acompaña al PNB, encontró algunos obstáculos. Las investigaciones dijeron que el sistema de telecomunicaciones y el telefónico, por ejemplo, crecen con frecuencia a un ritmo mayor que el PNB. Con la radio pasa otro tanto; además, la relación entre radio, TV y prensa escrita no es pareja, generalmente se vuelca a favor de la primera; en definitiva, se estableció que cuanto más bajo es el PNB real, tanto más alta es la tasa de crecimiento de los medios de comunicación (UNESCO 6, 9, 1979).

Una de las expresiones más notables de investigaciones para el desarrollo, condicionadas por un modelo exógeno y que respondía a determinados centros de poder, fueron las vinculadas al medio rural, especialmente el esquema de difusión de innovaciones. La importancia de esta área conceptual, aún vigente en amplias zonas de América Latina, se expresa en el número de trabajos dedicados al tema (BELTRAN, 1977).

La difusión, como se sabe, es el proceso por medio del cual una idea se esparce desde su fuente de invención o creación hasta sus usuarios o adoptantes finales. Nacidos en el contexto de fuertes transformaciones en la explotación agrícola en Estados Unidos, hacia 1940, el modelo se mantuvo casi sin modificaciones y se expandió en los países latinoamericanos, sobre todo después de la segunda guerra mundial. Sus usos son diversos —desde la búsqueda de mayor producción agrícola hasta la planeación familiar—, pero el esquema es similar; el proceso

de difusión debe recorrer los siguientes pasos: conocimiento, interés, evaluación, ensayo y adopción. Al igual que en la estructura publicitaria, el objetivo final es la evaluación de los efectos. En ambos casos todo está dirigido al influir en la conducta del receptor. Lo que interesa, en último término, es el índice de aceptación o rechazo.

Durante los años 60 el gobierno norteamericano cambió su política de ayuda alimenticia a los países subdesarrollados, cuando comprobó que el costo por kilo de granos se reduciría a la mitad en caso de ser producidos por los campesinos locales, en vez de tenerlos que enviar desde Estados Unidos. Esta ventaja se articulaba al proyecto global del desarrollismo en América Latina que aspiraba, entre otras cosas, a insertar al campesino en las estructuras sociales dominantes. De la convergencia surge la "revolución verde", que encontró en el modelo de difusión de innovaciones, el esquema comunicativo adecuado a través del cual debería imponerse (MONTROYA, 1978).

El concepto básico del cual parte el modelo de difusión de innovaciones es el de "modernización", en oposición al "tradicional". Según esta mirada dicotómica, las sociedades y los hombres se diferenciarían de acuerdo a estas dos categorías que se cargan de valores positivos en el primer caso, y negativos en el segundo. El papel de los medios de comunicación, obviamente, es el de ser multiplicadores de la modernidad.

La sociedad, en el modelo de difusión de innovaciones, es vista desde una perspectiva claramente funcionalista (ROGERS, 1962):

"El sistema social se define como una colectividad de unidades que están funcionalmente relacionadas y comprometidas en la solución conjunta de problemas referidos a una meta en común. Los miembros o unidades del sistema social pueden ser individuos, grupos informales, organizaciones complejas, o subsistemas.

Cada unidad en un sistema social puede ser diferenciado funcionalmente de todos los demás miembros. Todos los miembros cooperan, al menos en el grado de resolver un problema o alcanzar una meta en común. Es este compartir un objetivo común lo que mantiene unido al sistema"

En la sociedad así concebida, no se reconocen intereses contrapuestos en función del lugar que los individuos y las clases ocupan en la estructura social y el problema del subdesarrollo está centrado en la personalidad tradicional de los miembros de una comunidad. Este tradicionalismo pasará por algunas características descritas por Rogers (1969):

"1) Falta de orientación favorable al cambio; 2) tecnología simple o menos desarrollada; 3) nivel relativamente más bajo de alfabetismo, educación y comprensión del método científico; 4) mantenimiento social del *status quo* en el sistema social; 5) poca comunicación con extraños 6) falta de habilidad empática para verse en los papeles de otros".
otros.

Las posiciones críticas

Desde el punto de vista de la modernización, el problema del desarrollo parecería fundarse en razones técnicas y psicológicas. Los esfuerzos de la comunicación, si pretenden contribuir a modificar la situación, deberían insistir en incorporar nuevas habilidades en el trabajo y diferentes comportamientos mentales. En el caso de los campesinos, las condiciones materiales de subsistencia no intervienen como dato estructurante. Tampoco encuentra lugar en este esquema la idea de que otras culturas, distintas a las que se quieren imponer, sean legítimamente posibles.

Peter Golding (1974) ha mostrado que algunos aspectos de la teoría de la modernización son consecuencia del rechazo a aceptar que los países subdesarrollados tienen una historia compleja y del esfuerzo por identificar implícitamente la sociedad moderna con la división del trabajo propia del capitalismo occidental. De allí que para los teóricos funcionalistas resulte difícil imaginar el cambio social como resultado del estímulo interno que producen las contradicciones en el seno de la estructura social y, por lo tanto, los países del Tercer Mundo deben ser estimulados por las naciones desarrolladas.

La investigación vinculada a la difusión de innovaciones ha trabajado con el modelo del "flujo en dos etapas", que postula la influencia primera de los medios de comunicación sobre los líderes y, en una etapa posterior, la de éstos sobre las masas. Este "descenso por filtración" a través de los líderes de opinión, así como los conceptos de "cosmopolitismo" y "grupo de referencia", caros a la teoría de la difusión, han sido señalados como responsables de esconder su verdadero sentido: elitismo, conexión de intereses entre quienes detentan el poder en el área local con los foráneos y la realidad de dominación interna que sufre la población local (CUELLAR Y GUTIERREZ, 1971).

Paulo Freire (1973) ha opuesto al extensionista, encargado de la di-

fusión, del comunicador que participará en la elaboración de un saber junto con el sujeto al que se dirige. Al postular la desaparición de los papeles de educador y educando, y la dialogicidad como condición del conocimiento, comparó la función del extensionista, con la de un invasor cultural:

“Toda invasión sugiere, obviamente, un sujeto que invade. Su espacio histórico-cultural, que le da su visión del mundo, es el espacio desde donde parte, para penetrar otro espacio histórico-cultural, imponiendo a los individuos de éste, su sistema de valores.

“El invasor reduce a los hombres, del espacio invadido, a meros objetos de su acción.

“Las relaciones entre invasor e invadidos, que son relaciones autoritarias, sitúan sus polos en posiciones antagónicas. El primero actúa, los segundos tienen la ilusión de que actúan, en la actuación del primero, éste dice la palabra; los segundos, prohibidos de decir la suya, escuchan la palabra del primero. El invasor piensa, en la mejor de las hipótesis, sobre los segundos, jamás como ellos; éstos son “pensados” por aquéllos. El invasor prescribe, los invadidos son pasivos frente a su prescripción.”

El tema del desarrollo y la comunicación adquiere nuevas dimensiones al encararlo desde la perspectiva de las recientes innovaciones tecnológicas. Tecnología y desarrollo merecen análisis conceptuales que replanteen el fundamento mismo de las características que asumen en la actualidad.

Los nuevos interrogantes

Durante el pasado decenio, y cuando aún dominaba el esquema de análisis que ponía su acento en el mensaje y la conducta del receptor, crecieron nuevas preguntas que dislocaban el campo donde se habían instalado los investigadores en América Latina.

La propiedad de los medios de comunicación, ¿es una variable a considerar para estudiar su función dentro de la sociedad? ¿podría condicionar actuaciones favorables a unos intereses más que a otros? El acceso al uso de los medios ¿es igualitario para todos los sectores sociales? ¿qué significa un uso inequitativo para el papel social que desempeñan? La información que unos países conocen de otros, ¿traduce realmente

el pensamiento de cada pueblo o es distorsionada por intermediarios que sesgan la información de acuerdo a los intereses de determinados países? La clasificación que señala a los medios las funciones de información, educación y entretenimiento ¿responden a una realidad generalizable o surge de una división arbitraria del mundo del conocimiento? ¿no poseen en todos los casos una función educativa en el sentido de difundir prescripciones sobre la vida colectiva e individual? Los mensajes portadores de pautas culturales ajenas al lugar donde se difunden ¿no trastornan el legítimo desarrollo de las culturas de cada nación y de las tradiciones éticas y gnoseológicas de los pueblos? La transferencia de tecnologías ¿no incorpora las matrices socio-culturales del lugar de origen?

Casi siempre, determinantes políticos y sociales condicionaron el florecimiento de unos y otros temas. La articulación entre los trabajos emprendidos y los objetivos políticos se muestran a veces directamente y otras, en forma mediatizada. Si las viejas tendencias en la investigación trataron de disimular esta relación y pretendieron aparecer como resultados naturales y de la expansión de una ciencia específica, las nuevas corrientes, comprometidas más claramente con postulaciones de transformación social, proclamaron abiertamente la vinculación entre el trabajo del investigador con proyectos políticos, y con ello se ajustaron a una concepción que hace de la comunicación un problema estrictamente histórico (SCHMUELER, 1974).

Los fenómenos de comunicación, tomados en sentido amplio, incluyen múltiples procesos de información y difusión y encuentran su lugar más adecuado en un análisis general de la cultura. Las formas que poseen en la actualidad y las que tomarán en el futuro, se vinculan sólidamente al porvenir de nuestras sociedades y de la humanidad en su conjunto. En realidad, cuando en América Latina hablamos de las expectativas que se abren en la investigación de la comunicación, estamos pensando en la manera precisa en que vivirán los hombres de nuestro continente. Y la primer situación dramática por resolver es el acceso de una masa enorme de habitantes a las condiciones mínimas de subsistencia.

Planteadas así las cosas, la comunicación aparece ligada a necesarios y profundos cambios sociales. Esta premisa, generalmente aceptada, encierra nuevas preguntas: ¿Cómo y para qué el cambio? ¿qué modelo de existencia se dibuja en nuestra imaginación cuando lo postulamos?

En los días que corren, la función de la comunicación en los proce-

Los sociales se redefine en relación al acelerado ritmo de la transformación tecnológica. La fascinación que produce el avance en el campo de la tecnología de la comunicación ha permitido que algunos piensen que estamos frente a una verdadera revolución y que la tecnología se erigirá como eje estructurante de toda futura organización social. El peso de los nuevos instrumentos sobre las sociedades y los individuos, parece tender a reordenar las relaciones de los hombres entre ellos y con su entorno. El tema de la tecnología comunicativa envuelve hoy los problemas del poder y de la dependencia económica y cultural. A ella es necesario aludir cuando se analizan los lenguajes de la comunicación. Las distintas disciplinas que se entrecruzan en el estudio de la comunicación, deberán tomarla en cuenta para reformular sus aproximaciones. En fin, el modelo de existencia de los seres humanos amenaza con modificarse por su influencia. En las nuevas tecnologías, pues, centraremos nuestro análisis.

El poder tecnológico

La tecnología comunicacional debería interpretarse como una forma particular de la tecnología en general. Su especificidad radica en que sirve a la penetración de las otras tecnologías y en que ejerce un papel singular en la acción ideológica, que alimenta la aceptación de las formas de existencia que conllevan. Las modernas tecnologías son la expresión de un esquema de organización social característico de la etapa transnacional del capitalismo y, en un sentido más amplio, de la cultura occidental.

En líneas generales las formas que muestra una tecnología dependen de los modelos de desarrollo aceptados por una sociedad determinada y son orgánicas a ese modelo. La postulación de nuevas formas tecnológicas o la reconversión de aquéllas que podríamos denominar transnacionales, significa la elección de otros modelos de desarrollo, de otra manera de concebir la calidad de la vida.

El actual dominio tecnológico de las comunicaciones permite a las transnacionales controladas por los Estados Unidos acentuar su hegemonía en el mundo, en el momento en que ese país efectúa una retirada geográfica de muchos lugares y una relativa toma de distancia política en la escena internacional. Este aspecto de la dominación es imprescindible tomarlo en cuenta para no formular un diagnóstico equivocado

en la actual coyuntura planetaria; un análisis que se llevara por lo aparente podría determinar conclusiones no compatibles con la realidad. Si bien es cierto que Estados Unidos se ha visto obligado a reformular su política hegemónica en función de los procesos históricos conocidos, no significa que, como expresión de las fuerzas transnacionales, haya perdido poder en relación a la estructura mundial. Un satélite de observación puede significar tanto o más que una base de operaciones.

La implantación tecnológica permite mantener el esquema de dominación sobre las sociedades receptoras, aún cuando se haya establecido la independencia política. No en vano, en el momento en que se abandona la vieja estrategia de dominación geográfica, Zbigniew Brzezinski (1979) delimita un nuevo espacio estratégico para Estados Unidos a partir de tecnologías comunicativas:

“La creación de una red mundial de informaciones que facilite las influencias intelectuales recíprocas y permita compartir conocimientos, reforzará aún la tendencia que se manifiesta actualmente y que conduce a la formación de élites profesionales y el nacimiento de un lenguaje científico común”.

El objetivo señalado por el consejero del presidente Carter tiende a la creación de una “nueva conciencia planetaria” que permite una “planificación funcional mundial”, según lo expresa más adelante:

“Además, dados los programas constantes de las computadoras y de los medios de comunicación, existen buenas razones para esperar que la tecnología moderna facilitará este tipo de planificación”. (BRZEZINSKI, 1979).

Planificación que, al fin de cuentas, tendría como modelo a Estados Unidos:

“Cuando el resto del mundo observa lo que sucede en Estados Unidos, para bien o para mal, descubre lo que le espera, ya se trate de los últimos descubrimientos científicos en materia espacial y de medicina o del cepillo de dientes eléctrico; del arte pop o del LSD; del aire acondicionado o de la contaminación atmosférica; de los problemas de la vejez o de la delincuencia juvenil” (BRZEZINSKI, 1979: 61).

La razón tecnológica

El papel que se le asigna a la tecnología justifica la necesidad de al-

gunas consideraciones generales sobre la significación de la misma. Ha quedado atrás la concepción de que la tecnología se reduce a una serie de normas útiles para la realización de una actividad determinada, como si se tratara de una fuerza instrumental que no afecte a quien la usa y que sirve ciegamente a la voluntad de ese usuario. Por el contrario, la tecnología condiciona al "qué hacer" y el "cómo hacer" (HERRERA, 1979:1). Es la forma concreta de cómo el hombre transforma el resto de la naturaleza, cómo elabora su propia historia diferenciándose de lo que lo circunda, reordenando los procesos espontáneos de la materia que lo acompaña y configurándose a sí mismo en esa alteración que promueve.

Desde otra perspectiva, el concepto de tecnología incorpora la estructura social, tanto de nivel nacional y local como internacional. También incorpora la estructura cognoscitiva que se basa en supuestos arraigados en el hombre sobre organización del espacio, el tiempo y el conocimiento, sobre el tipo de relaciones humanas y las relaciones con la naturaleza. Estos supuestos acompañan a técnicas concretas y el conjunto constituye una tecnología (GALTUNG, 1978:IV).

La transferencia de tecnologías, presupone, por lo tanto, el traspaso de técnica más las estructuras que la acompañan. Las estructuras, como se ha visto, no se refieren básicamente al aspecto económico sino al cuerpo de ideas que legitima la organización social y que en nuestro caso está marcada por la relación vertical, tanto a nivel local como internacional. Generalmente esas estructuras preexisten para que la técnica sea aceptada; en otros casos la inclusión de una técnica condiciona su funcionalidad tecnológica, es decir, condiciona la organización de la estructura adecuada a esa técnica. Existe, sin embargo, la posibilidad de que una técnica sea incorporada a una estructura social distinta a la que le dio origen; en ese caso la trama tecnológica varía y la propia técnica debería sufrir modificaciones de adecuación a la estructura social que la ha adoptado.

Lo que ocurre con más frecuencia es que la incorporación de una tecnología que se muestra benéfica para la satisfacción de determinadas necesidades, genera estructuras que a su vez requieren de nuevas tecnologías y que las incluyen en los mecanismos internacionales a los que se encuentra vinculada esa tecnología. La primacía es de la estructura y ésta es inherente a toda tecnología (GALTUNG, 1979:VII).

Con frecuencia, el momento de origen del proceso tecnológico queda opacado. La tecnología aparece como un proceso natural y no histó-

rico. El modelo occidental vigente, tanto en el mundo capitalista como en la mayor parte del no-capitalista, "producto de las condiciones históricas de los últimos 80 años" (REDDY, 1978), tiende a disminuir la participación y el control social sobre la producción. Mantiene el distanciamiento, la alienación de los seres humanos en relación a sus productos; refuerza el esquema centralizador de decisiones. El poder que comporta el control tecnológico se reduce sistemáticamente a pocas manos. La posibilidad de una guerra mediante el uso de botones, es una metáfora dramática de esta relación entre tecnología y poder (REDDY, 1978).

Sin embargo, la razón tecnológica se difunde en el mundo como valor universal. Su aceptación indiscriminada encubre el verdadero proceso de homogeneización de estructuras a nivel del planeta. Nuevas formas de dependencia cultural progresan bajo la apariencia del desarrollo y avance de la inteligencia. Es sintomático que en los países no capitalistas de Europa oriental se asuman las tecnologías acríticamente. En *la revolución científico-técnica y el socialismo* (MANET, 1979) se sostiene:

"La lógica objetiva de la actual revolución científico-técnica acrecienta las condiciones materiales en contra de las relaciones burguesas y prepara la revolución social y política".

Sin duda pensando en otra evolución, Brzezinski (1979) le asigna igual importancia a los cambios tecnológicos:

"El impacto de la ciencia y la tecnología sobre el hombre y su sociedad, especialmente en los países más avanzados del mundo, se está convirtiendo en la principal fuente de cambio contemporáneo".

Brzezinski es, más adelante, enfático:

"Hemos llegado a la etapa de la historia de la humanidad en la cual la pasión por la igualdad es una fuerza universal, conciente de si misma (1979: 182)".

"La relación entre la era tecnocrática y la pasión por la igualdad —si no la idea misma de igualdad— es totalmente causal". (1979: 183).

Las coincidencias entre pensadores de posiciones antitéticas, también se producen en el rechazo a los que cuestionan el valor de las tecnologías actuales. El cubano González Manet, con quien tenemos tantas otras afinidades, sostiene (1979:a):

"La solución no es adoptar absurdas autarquías, imposibles de aplicar en un mundo múltiple e interrelacionado. Tampoco lo es la renun-

cia a un instrumental tecnológico que es patrimonio universal y sin el cual no es posible concebir el desarrollo. Resulta imprescindible volver la atención y el interés de los pueblos hacia el contexto y las circunstancias que deben orientar la cooperación para que las telecomunicaciones y la informática sean factor de liberación y no de servidumbre.

Y Brzezinski (1979: 175):

“Muchos de estos adversarios se parecen, por su fe en la emoción y la violencia, a los ludditas de la Inglaterra de comienzos del siglo XIX, quienes reaccionaron frente a la era de la máquina con pasión primitiva, destruyendo aquello que no podían controlar por falta de conocimiento suficiente.

“Una auténtica clase revolucionaria debe aprender a dominar las técnicas contemporáneas de la organización social, en lugar de rechazarlas”.

Lo que no se cuestiona, en uno y otro caso, es la idea de progreso, de desarrollo, de ciencia. Aunque para unos las tecnologías actuales acorten el camino al socialismo y para el norteamericano modifiquen las viejas oposiciones sociales, en ningún caso se pone en consideración el tipo de relaciones que los individuos establecen con el poder, la relación centro-periferia que afirman estas tecnologías.

En el campo específico de la comunicación, las nuevas tecnologías llevan estas tendencias al paroxismo. La *telemática*, unión de la informática y la telecomunicación, diseña un futuro crecientemente dominado por centros de decisión concentrados, que pasarán a regir la vida pública y privada de las personas. El esquema piramidal de la sociedad tiende a reforzarse y el poder transnacional en el manejo de la comunicación aparece como el momento culminante de dominio mundial.

El tema de la dependencia

El dominio tecnológico otorga nuevas perspectivas al problema de la dependencia económico-cultural de América Latina, que ha sido objeto de numerosas investigaciones (BELTRAN; 77, CIESPAL, 77). Los límites conceptuales de algunos de aquellos trabajos, propios de la teoría de la dependencia que estuviera vigente durante algún tiempo en la región, reclaman ser superados cuando se trata de analizar los mecanismos que actúan a partir de las tecnologías actuales.

Se han estudiado aspectos relevantes de los medios en la región: la estructura de poder y la forma en que actúa sobre la sociedad, la ideología que circula en los mensajes, el monopolio informativo de las grandes agencias transnacionales. Aunque existen algunos trabajos con aproximaciones ajustadas (MARTIN, 78); (MATTELART, 74), queda aún por estudiar cuáles son los efectos reales de la maquinaria comunicativa sobre la población del continente; qué significa desde el dominio cultural, este poder que se vuelca sobre América Latina. A través de qué articulaciones actúan y cuál es la respuesta de los sectores potencialmente opuestos a la dominación.

El tradicional esquema Emisor-Medio-Receptor, que consagra la pasividad del receptor, se repetía muchas veces en el análisis de la dependencia. Al respecto, se ha indicado (SARTI, 1979) que la literatura sobre la dependencia dejó a un lado la influencia de la lucha de clases en el proceso de dominación, y prefirió calificar de "pasivos" a los oprimidos. En este sentido, esa literatura repitió preconceptos sobre la "naturalidad" del colonizado, donde se destaca la inferioridad de los pueblos dominados frente a la superioridad de los dominadores.

La dependencia cultural se construye. No hay mera pasividad receptora por parte de una sociedad, sino que es un proceso, una lucha donde determinadas fuerzas interiores de la sociedad dominada actúan como agentes activos. Estas fuerzas no son sólo intermediarias, sino que hacen suyos los intereses del poder dominante. De esta manera, la dominación no resulta exclusivamente de la fuerza del dominador, sino —y fundamentalmente— de los sectores que en el polo dominado se identifican con el enemigo exterior para vivir como propias las concepciones del otro (MATTELART, SCHMUEGLER, 1979).

Tecnología, dependencia y desarrollo

Volvemos ahora al tema del desarrollo, para observarlo desde lo sostenido para la tecnología y la dependencia. Las tecnologías de comunicación deberían ser evaluadas en relación a los modelos de desarrollo a los que se encuentran orgánicamente vinculadas. Y éstos deberían considerarse en función de las formas de existencia que proponen y no sólo de los índices económicos que ofrecen. Habría que hablar del desarrollo de los seres humanos y no del simple acrecentamiento en la producción de productos y en la multiplicación indefinida de objetos y servicios.

La tecnología debería estar en función de la satisfacción de las necesidades humanas básicas, materiales y no materiales (GALTUNG, 1979: 2). Las necesidades no-materiales requieren de los satisfactores materiales, pero sólo como instrumentos. A veces, en la sociedad mercantil, se toman los medios materiales de satisfacer las necesidades, por las necesidades mismas. No se trata, por ejemplo, de producir más comida, sino de si se quita el hambre y se asegura la salud; como tampoco se trata de aumentar los instrumentos para la comunicación, sino de si la comunicación que se establece tiende a satisfacer las necesidades del hombre.

A partir de estos criterios deberían redefinirse conceptos sobre desarrollo y subdesarrollo. Generalmente se nombra a los países del segundo grupo en relación a los del primero, lo cual tiene implícito: a) que los países desarrollados constituyen el modelo necesario hacia el cual debe tender el resto; b) que la tecnología que caracteriza a los desarrollados debería ser aplicada a la totalidad de los países. Otro punto de referencia que no fuera puramente cuantitativo, debería establecer diferencias entre países que satisfacen las necesidades básicas materiales y no materiales, y los que no las satisfacen.

La tecnología transnacional tiende a reforzar el poder de unos pocos, a centralizar las decisiones y a igualar a la mayoría en el uso programado de bienes materiales y culturales (GUBERN, 1979). Es el riesgo de lo que Ivan Ilich llama el "tecnofascismo" y que André Gorz (1977) cuestiona señalando que "más" no significa necesariamente "mejor", sino que "mejor" puede ser "menos". Expresión que no implica un retroceso, sino un replanteo de la calidad de la vida a través de otras expectativas para los seres humanos.

Nunca como ahora se ha mostrado tan claro el interés del manejo de la información como forma de control y dominio. Las tecnologías redefinen las relaciones mundiales e imponen la hegemonía de los supercentros de decisión. Es significativo que un tercio del Producto Nacional Bruto de los Estados Unidos proceda de la manufactura o procesamiento de información (PARKER, 1977) y que los bancos de datos de ese país representaran en 1977 el 89% de la información computarizada almacenada en el mundo (SCHILLER, 1978).

El mundo informacional presupone, por imposición tecnológica, un modelo de desarrollo cada vez más centralizado y por lo tanto una manera de ser de los hombres en la tierra crecientemente alienada. No se trata de saber quién aprieta los botones que gobernarán la existencia

pues, dentro del esquema formulado, no variará la relación piramidal que se establece en la sociedad.

Perspectivas desde América Latina

Desde la realidad latinoamericana, la explosión tecnológica sólo ofrece la perspectiva de una mayor dependencia y dominación. En primer lugar porque la concentración tecnológica la mantendrá —al igual que todos los países del tercer mundo— cada vez más alejada de los centros de decisión. Los sistemas y redes de información instantánea, únicamente podrán favorecer a unos pocos países que son los que controlan los resortes básicos en la actual división internacional del trabajo. En segundo lugar, porque la telemática aporta un modelo discordante con pautas culturales e intereses de la región. Su imposición requiere, entre otras cosas, la aceptación de los criterios de “fronteras abiertas” y “libre flujo de información” que resulta vital para el poder transnacional, pero que significa la pérdida de soberanía para los países dependientes.

Se abre para la investigación sobre comunicación en América Latina un amplio camino para recorrer que encierra un desafío histórico: anticiparse a los acontecimientos y no resignarse a estudiar, retroactivamente, los efectos de los nuevos sistemas comunicativos.

Se trata de saber si las técnicas generadas por el poder transnacional pueden llegar a compatibilizarse con otras sociedades que aspiran a vivir dentro de otras concepciones de existencia, o si es necesario generar otras nuevas acordes con objetivos de liberación social y cultural. En todo caso, la meta es el logro de una comunicación verdaderamente democrática que sólo puede ser alcanzada en el marco de la democratización del conjunto social, es decir en sociedades libres e igualitarias.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Beltrán, L. R. (1977), “La investigación en comunicación Latinoamericana ¿indagación con anteojeras?”, en **Actas del III encuentro nacional de investigadores de la comunicación**, Caracas, Ininco.
- Bezeinski. Sbogmoew (1979), **La era tecnotrónica**, Buenos Aires, Ed. Paidós, 2da. edición.
- Ciespal (1978), **La evolución de la investigación de la comunicación en América**

- Latina**, Quito, Dto. de investigación de CIESPAL.
- Cuellar, G. D. y Gutiérrez Sánchez, J. (1971), "Análisis de la investigación y de la aplicación del difusionismo", Cali, Colombia (citado por BELTRAN, 1977).
- Freire, P. (1973), **¿Extensión o comunicación?**, México, Ed. Siglo XXI, 9a edición, 1979
- Galtung, J. (1978), **El desarrollo, el medio ambiente y la tecnología: hacia una tecnología autónoma**, (mimeo), Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo.
- Golding, P. (1974), "Media Role in National Development: Critique of Theoretical Orthodoxy", en **Journal of Communication**, vol. 24, N. 3
- Gorz, A., (1977), **Ecologie et liberté**, Paris, ed. Galilee.
- Herrera, A. (1979), **Desarrollo, medio ambiente y generación de** Tecnologías apropiadas, (mimeo), Seminario CEPAL/PNUMA, Santiago de Chile.
- Manet, E. G. (1979), **Informatización de la sociedad ¿nueva forma de la dependencia?**, (1979), **Informatización de la sociedad ¿nueva forma de la dependencia?**, (mimeo), México, ILET.
- Manet, E. G. (1979 a.), "¿Es posible un nuevo orden internacional de la información?", en **boletín de la Comisión Nacional Cubana de la Unesco**, n^o 80, Mayo-Agosto.
- Kanet, E. G. (1979 a.), "¿Es posible un nuevo orden internacional de la información?", en **boletín de la Comisión Nacional Cubana de la Unesco**, n^o 80, Mayo-Agosto.
- Mattelart, A. (1974) La comunicación masiva en el proceso de liberación, México, Siglo XXI, 1974
- Mattelart Schmucler (1979), Presentación a **Comunicación y Cultura**, N^o 6, México.
- Montoya, A. La ideología de la modernización en la comunicación campesina: el paradigma de la difusión de innovaciones, presentado al Encuentro Latinoamericano sobre la Enseñanza de la Enseñanza de la Comunicación, México. 1978.
- Reddy, A. K. "Dudosa por naturaleza", en **Mazingira**, Londres, n^o 5. 1978.
- Rogers, E. (1962), *Diffusion of Innovations*, New York, The Free Press of Glencoe.
- Rogers, E. Svenning, L., (1969), **Modernization Among Peasants**, New York, Holt, Rinehart and Wiston.
- Parker, E. (con la colaboración de PORAT, M.,) (1977). **Información es poder**, Caracas, Cuadernos Ininco.
- Schiller, H. (1978), "Información por computadoras: ¿Por quienes y para qué", en revista de la Comisión nacional cubana de la UNESCO, La Habana, mayo-agosto.
- Sarti, I. A. (1979), "Comunicación e dependencia cultural: un equívoco", en Jorge Werthein (org.), **Medios de comunicación: realidad e mito**, San Pablo, ed. nacional.
- Schmucler, H. (1974), "La investigación sobre comunicación masiva", en **Comunicación y Cultura**, Bs, Aires, N^o 4
- UNESCO (6) A glimpse into communications statistics, publicado por la Comisión internacional para el estudio de los problemas de comunicación, s/f.
- UNESCO (9) **¿Qué sabemos de la comunicación?**, publicado por la Comisión internacional para el estudio de los problemas de comunicación, s/f.
- UNESCO (1979) International Commission for the Study of Communication Problems. **Dratt of the final report**, Part Two "Communication today".